

## El duelo

La tensión de mis músculos agarrotados me impedía moverme, ni hacia delante ni hacia atrás. El reloj de Santiago marcaba las doce en punto. Sonaban las campanas en todas las iglesias. El intenso sol del mediodía me relumbraba la frente y me dificultaba la visión. Pero a él era imposible no verle.

Lo tenía justo delante. Me miraba de reojo, una mirada pérfida y alienada que me erizaba la piel. Su sonrisa de medio lado marcaba más aún sus ya de por sí pronunciadas mejillas, sobresaliendo en su carrillo izquierdo una de sus dos verrugas, y haciendo de mi sangre un gélido pero acelerado torrente. Impertérrita figura, como el más belicoso de los soldados napoleónicos que en su día arrasaron la ciudad, golpeaba con inquietante suavidad y persistencia su pantorrilla con su temible arma. Tres picos tenía su sombrero, como tres largas horas me parecieron los segundos que permanecí frente a él, inmóvil por el pavor que me hacía sentir.

En un día de agosto como aquel, la plaza del Raso estaba llena del más festivo bullicio. La música sonaba, la gente reía y cantaba, las cuadrillas se reunían y los ancianos sonreían. Pero yo estaba solo frente a mi mayor temor, y el bullicio festivo era suspendido por el silencio del miedo.

Era un cruce de miradas que ganaba en tensión por segundos. Un duelo en el que mi derrota estaba asegurada.

Cincuenta y cuatro años más tarde, sujeto a mi nieto de la mano, buscando infructuosamente con la mirada entre los gigantes, las gaitas y los demás cabezudos a mi aborrecido y añorado Verrugón. En mi mente aún resuena un pueril cantar: *“Al verrugón, le picaron los mosquitos y se compró un sombrero de tres picos”*.